

santuarios suben en olorosa espiral á los piés del excelso trono que ocupa en el empíreo cual Rey de la majestad; por los votos con que se están ligando los fervorosos fieles para ofrecerse en su servicio cual víctimas de expiacion; y finalmente, por todos los grados de aumento que recibe el amor divino en aquellos corazones que viven la vida regalada de la gracia santificante. Otras personas devotas se han sentido asimismo dulcemente atraídas á rendir á Jesús continuas acciones de gracias por los misterios gloriosos de su Vida santísima, alabándole con perpetuos loores por la gloria inefable que en ellos gozara, por la que procuraron á su eterno Padre y por los inestimables beneficios que de ellos hemos nosotros conseguido; de aquí es que todos los siervos de Dios, que profesaron una especial devoción á la Resurrección triunfante y gloriosa de Jesucristo, Salvador nuestro, se les ha visto casi siempre aficionadísimos á la práctica amorosa de la acción de gracias.

#### SECCION IV.

##### *Acción de gracias por el don inestimable de la fe.*

9.º Otras personas llegaron á señalarse por un afecto profundo de agradecimiento hácia el

don inestimable de la fe, y á todas aquellas maravillas sobrenaturales de nuestra sacrosanta religión cristiana: dones que forman dos fuentes distintas y muy abundantes de tierna devoción. La primera, esto es, la fe induce á los hombres á regocijarse no ménos en la absoluta soberanía de Dios y supremacía ilimitada de su excelencia y adorable Majestad, como en su propia indignidad y vileza, que sobrepujan á todo humano encarecimiento. Á semejanza de Pedro Consolimi, se ven inclinados á favor de aquella opinión teológica relativa á la naturaleza y eficacia de la gracia, que favorece más á la elección divina, que al libre albedrío del hombre; y si adoptan con Lessio la opinión contraria, es solamente por qué, á juicio suyo, procura más gloria á Dios que la primera: imaginanse que nunca podrán ellos agradecer á Dios debidamente el singular beneficio, digno de perpetuos loores, que se les ha otorgado de hallarse tan completa y absolutamente abandonados en las manos de su Criador omnipotente; y por nada del mundo cambiarían de condición: apenas pueden concebir que existan personas que no abriguen los mismos sentimientos; y si bien bendicen á Dios, rico en misericordias por sus inefables promesas, el instinto habitual suyo consiste principalmente



en poner toda su confianza en el amor divino: cuidanse muy poco ó nada del mérito, y su única solicitud es la gloria de Dios nuestro Señor: *No podemos sufrir este lenguaje acerca del mérito*, dicen con San Francisco de Sales; aunque de aquí no se sigue que todo el mundo esté obligado á sentir y hablar de la misma manera: el dulce pensamiento de la soberanía de Dios, más bien que el de su inquebrantable fidelidad, es para los espíritus melancólicos y abatidos el blando lecho de su reposo y descanso apacible; y semejantes sugetos gozan en la religion de una dicha inefable, excepto cuando Dios les retira por algun tiempo, para su mayor santificacion, aquella dulce confianza, y aun entónces, es su lenguaje el de Job: *Aunque me mate, en Él pondré todavía mi confianza.*

Dichas personas parece que poseen el don especial de la abnegacion propia y del desapego completo á las cosas del mundo: deléitanse en los planes y espirituales empresas que acometen los demas hombres y aquellas Órdenes religiosas rivales á la suya: complácense de que sea enteramente sobrenatural todo lo relativo al mérito, satisfacciones, absoluciones, hábitos infusos é indulgencias: profesan una reverencia profunda á todas las bendiciones de la Iglesia, á los sacra-

mentos, materias, formas, administracion de los mismos y á las rúbricas que se observan en sus ceremonias, que más bien que un ritual y directorio de las pompas de la tierra, parecen resplandores y centellas del cielo: gloríanse de que los principios del Evangelio y la vitalidad de la Iglesia sean opuestos á todos los cálculos y máximas del mundo: alégranse en la fuerza de la flaqueza, en la exaltacion de la santa pobreza, en el esplendor de la humillacion, en la omnipotencia del sufrimiento, en el triunfo de la derrota; todas estas cosas son para ellos como los suaves y olorosos perfumes de las Molucas, que lleva el viento al fatigado navegante, la fragancia del cielo y el exquisito aroma de la Divinidad: regocíjense de que los hombres se conviertan por la eficacia inefable del don invisible de la gracia, más bien que por los razonamientos de la controversia, y sienten su corazon inundado de indecible placer, cuando se persuaden que Dios no raras veces toma de su propia cuenta el negocio de nuestra salud, trabajando en él por Sí mismo, sin valerse para nada de nuestra cooperacion: no se agitan en su mente arcanos impenetrables sobre Dios y la naturaleza; porque no consideran al hombre, conforme enseñan los *Tratados Bridgewater* y otras publi-



caciones por el estilo, como el centro del sistema del universo, como la razon última de la creacion y el blanco principal de los designios divinos: imagínanse que semejante teoría disminuye el campo de sus vistas espirituales, como limita el de las vistas humanas de la naturaleza la hipótesis de que la tierra es el centro del sistema solar, ó bien que el sistema solar es el centro del universo; sino que contemplan á Jesús como centro de todas las cosas, como la razon última de la creacion, como el blanco de los designios divinos: figúranse que la predestinacion de Jesús todo lo explica, todo lo armoniza y todo lo gobierna; cuya predestinacion, juntamente con la de su Madre bendita, Reina y Señora nuestra, es la fuente de todo cuanto existe fuera de la unidad de la Trinidad: el fin exclusivo de todos sus desvelos en este valle de lágrimas es seguir las sendas de Jesús; y á excepcion de la excelsa dignidad de ser objeto predilecto de las caricias divinas, todo lo demas no tiene interes ni importancia alguna ante sus ojos: así como los luminosos rayos solares ocultan á nuestra vista las estrellas del firmamento; así el rico y alegre esplendor de la predestinacion de Jesús, apenas permite á estas almas bienaventuradas ver y distinguir los misterios impenetrables de

la fe, la permission del mal, la eternidad de las penas del infierno y otros dogmas por el estilo.

La accion de gracias por el don inestimable de la fe, es una práctica que nunca podrá ser bastantemente recomendada en el siglo en que vivimos. Semejante práctica fué la devocion favorita de Santa Juana Francisca de Chantal, una de las almas más bellas y angelicales que han existido sobre la tierra, y de cuya *Vida* voy á trasladar aquí, sin el menor escrúpulo, un extenso párrafo; porque entre todas las variedades de la vida espiritual y las manifestaciones del espíritu de santidad, paréceme que no existe ninguna más conveniente y provechosa á nuestras almas, como el dulce y suave espíritu de la Orden de la Visitacion, que tanta semejanza tiene con el Oratorio de San Felipe. Cuando San Francisco de Sales se hallaba en Roma durante su juventud, pasaba no pocas horas del dia en el Oratorio, cuya regla solia llamar, *manera admirable de vivir santamente*; y uno de sus amigos más íntimos era el Venerable Juvenal Ancina, en cuyo proceso de canonizacion figura como testigo el mismo San Francisco. Queriendo, pues, este varon insigne consolidar en el Chablais su obra de la conversion de las almas, creó en Thonon un Oratorio de San Felipe, compuesto de siete Padres, de



los cuales fué él mismo su Preósito; así es que la Santa Sede ha autorizado á varias de nuestras Congregaciones, para que guarden la fiesta de San Francisco como si fuese la fiesta de un Santo de la Orden; y la regla de la Visitacion tiene no pocos puntos de semejanza con la de San Felipe Neri. No es, pues, extraño que la edicion de las obras del Obispo de Ginebra, impresa en Venecia, lleve por título:—*Obras espirituales de San Francisco de Sales, Preósito del Oratorio de Thonon y Fundador de la Orden de la Visitacion de Santa Maria*; ni que la traslacion de la *Vida de la Venerable M. Blonay*, de Carlos Augusto de Sales, publicada en Nápoles, año 1694, tenga en su portada las siguientes palabras:—*Por un humilde siervo, muy amante del espiritu de San Francisco de Sales y San Felipe Neri*. Pero volvamos á Santa Juana Francisca.

En la *Vida* (1) de esta sierva de Dios leemos lo que á continuacion vamos á copiar:—«Cuando despues de casada se fué á vivir al campo, é igualmente en su estado de viuda, mandó aprender el canto del Credo á aquellos de sus criados que mejor voz tenian, á fin de que

(1) *Vida*.—vol. II.—pág. 6.—edic. del Orat.

acompañasen, cantándole con gran solemnidad, en la Misa parroquial, el cual oia la Santa con indecible placer de su alma; y luego despues que se hizo religiosa, ella misma solia cantarle durante la recreacion. Profesaba una singular devocion á los santos mártires, por qué habian generosamente derramado su sangre por la fe, é igual reverencia tenia á aquellos grandes Santos de los primeros siglos que defendieron palmo á palmo tan rico tesoro así de palabra como por escrito; de suerte que era ya proverbial entre sus religiosas decir en las festividades de los grandes Santos de la primitiva Iglesia: *Es uno de los Santos de nuestra Madre*. No se contentaba con oir leer sus Vidas en el refectorio, hablando de ellas luego despues miéntras la recreacion; sino que se llevaba no raras veces el libro á su celda para volverla á leer privadamente; y en los últimos años de su peregrinacion en este valle de lágrimas, compró las *Vidas de los Santos*, en dos volúmenes, anotando las de aquellos grandes siervos de Dios y primeros hijos de la Iglesia, que leia con mayor devocion: profesaba una especial reverencia á San Espiridion, por haber este varon insigne cautivado en obsequio del Credo católico su razon de filósofo sutil: sabia de memoria el himno



de Santo Tomas, *Adoro te devote*, que recitaba con bastante frecuencia; cuyo himno hizo aprender á varias de sus religiosas, declarándolas al propio tiempo que ella siempre repetía dos ó tres veces el verso siguiente:

*Credo quidquid dixit Dei Filius.*

Al principio de su viudedad, entregóse tan de lleno á esta su devocion favorita, que la mayor complacencia suya consistia en convencer á su entendimiento de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía con las siguientes palabras:— *Veo vino, y creo que es la Sangre del Cordero de Dios: gusto el sabor de pan, y creo que es la verdadera Carne de mi Salvador.* Mas luego que se puso bajo la direccion de San Francisco, aprendió del Santo á simplificar su símbolo y recitar cortos y fervorosos actos de fe, demostrándola aquel prelado ilustre, que la fe más sencilla y humilde, era tambien la más sólida y agradable á los divinos ojos. Diariamente repetía la sierva de Dios, al fin del Evangelio de la Misa, el Credo y el Confiteor; y un dia, exhortando á sus religiosas á practicar la misma devocion, exclamó:— *¡Pero Dios mio de mi alma! ¿qué necesidad*

*tenemos nosotras de humillarnos, cuando ni por sueños siquiera se nos juzga dignas de confesar la fe delante de todos los tiranos de la tierra?*— Un espíritu parecido fué el que movió á San Felipe á levantarse una noche en el Oratorio lleno todo de agitacion y de espanto, recelando que lo que habia dicho á sus oyentes el predicador de la tarde de aquel dia, podria acaso haberles dado una idea favorable del Instituto, y prorrumpió con estas sentidas expresiones:— *¡No hay motivo para vanagloriarse! Nada somos nosotros: ningun individuo de la Congregacion ha derramado todavia su sangre en defensa de la fe.*

Santa Juana Francisca habia asimismo escrito ciertas sentencias sobre las paredes de su celda, habitacion que despues fué destinada para noviciado; y en la pared, debajo del Crucifijo, puso el versiculo siguiente del libro de los Cantares:— *Sentéme debajo de la sombra de mi Amado, y su fruto fué dulce á mi paladar.* Rogándola una hermana suya de comunidad, que tuviese la dignacion de decirla por qué ponía esta sentencia en aquel lugar:— *Para estar frecuentemente, la replicó, haciendo actos breves y sencillos de fe; porque si bien la fe es en sí misma una clara luz para la razon humana, es, no obstante, una sombra, y quiero que*



*mi razon se siente á descansar bajo la sombra de la fe, la cual me manda creer que Aquel que con tanta ignominia está clavado sobre la Cruz es el verdadero Hijo de Dios.* Declaró igualmente en otra ocasion, que siempre que contemplaba el Crucifijo, tenia la intencion de que la simple mirada suya fuese un acto de fe, semejante al del Centurion, quien dándose golpes de pecho, decia:—*Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.*

La misma Santa reveló un dia en confianza á cierta persona, que aun viviendo en el mundo, se habia Dios servido comunicarla luces inefables acerca de la pureza de la fe, manifestándola al propio tiempo que la perfeccion de nuestra inteligencia, acá en la tierra, consiste en su cautiverio y sumision á las verdades oscuras de la fe; que seria iluminada dicha potencia con esplendorosas claridades de vivisima luz, á medida que fuese más humildemente rendida á las oscuridades de los dogmas divinos; que siempre habia ella *detestado aquellos sermones* en los cuales se intentaba probar por la razon natural el misterio de la Augusta y Adorable Trinidad y los otros artículos de nuestra fe; que no debia el fiel cristiano buscar en los dogmas ninguna otra razon, sino aquella única, sobera-

na y universal razon, es á saber, que Dios los ha revelado á su Iglesia. Así es que nunca se cuidaba de oír hablar de milagros, revelaciones, etc., en confirmacion de la fe; y no raras veces ordenó que pasasen por alto semejantes motivos de credibilidad, cuando leian en el refectorio las *Vidas de los Santos*, ó los *Sermones* sobre las festividades y misterios de nuestro Señor y de la santísima Virgen Maria:—pareciase en esto al gran Rey San Luis de Francia, quien llamado en una ocasion á su capilla privada para que viese cierta especie de milagro que habia tenido lugar durante la Misa, rehusó el ir, diciendo, que él, gracias á Dios, creia en el Santísimo Sacramento del Altar; que no aumentarían su fe en tan soberano misterio todos los milagros del mundo; y que no queria ver á Jesús con los ojos de la carne, no fuese caso que perdiere la especial bendicion que el Salvador prometiera á aquellos que no vieron y, no obstante, creyeron. Tenia igualmente Chantal la costumbre de repetir á sus religiosas las siguientes palabras:—*¿Qué tenemos nosotras que ver, hijas mías, con pruebas, milagros y revelaciones, á no ser para bendecir y glorificar á Dios nuestro Señor, que en su infinita misericordia se ha dignado proveer de semejantes auxilios á aquellos que los*



*necesitan? Bástanos saber que Dios nos ha revelado, por mediacion de su Iglesia, todo cuanto es necesario para nuestra felicidad temporal y salvacion eterna.*

Cuando escribió las meditaciones para los ejercicios espirituales, extractadas de los escritos de San Francisco, compuso una sobre el beneficio inestimable que Dios nos ha otorgado, haciéndonos hijos de la santa Iglesia católica, cuya meditacion habia escrito en pliego separado; y declaró á sus religiosas, que no habia apartado su mente de dicha meditacion durante los dos primeros dias de su retiro espiritual: leia las Santas Escrituras con licencia de sus Superiores; pero entre todos los libros divinos, el más favorito de este Código sagrado era el de los *Hechos de los Apóstoles*: imposible es decir las veces que le leyó y releyó, relatando su contenido á la comunidad cada dia con nuevo fervor, y no parecia sino que siempre que las hablaba de la primitiva Iglesia, anunciábalas cosas que nunca ántes habian oido. Cuando supo que su hijo habia muerto en la Isla de Rhe combatiendo contra los ingleses, postróse en tierra, cruzadas las manos, los ojos levantados al cielo, y exclamó:— *Concédeme, Señor mio y Dios mio, concédeme licencia para hablar y dar rienda suelta á mi*

*dolor; y ¿qué diré, Dios mio de mi alma, sino rendiros gracias por la honra singular que me habeis hecho, llevándoos á mi único hijo, mientras estaba combatiendo en defensa de la Iglesia romana? Y tomando luego un Crucifijo en sus manos, le besaba y decia:— Acepto este caliz amargo, Redentor mio, con la más profunda sumision posible, y ruegoos que recibais á ese hijo de mis entrañas en los brazos de vuestra divina misericordia. Apenas acabó esta plegaria, apostrofó á su hijo con estas sentidas palabras.— ¡O hijo mio querido! ¡qué dicha la tuya haber sellado con tu sangre la fidelidad nunca desmentida que tus abuelos profesaron siempre á la santa Iglesia romana; y créome en esto muy feliz, y doy gracias á Dios, por qué me ha cabido la suerte incomparable de ser tu madre.*

#### SECCION V.

*Accion de gracias despues de la Misa y Comunión.*

10. Pero todavía existe una práctica de gracias que debe entrar con todas las otras devociones de agradecimiento, juntándose á ellas: devocion, digámoslo así, de lágrimas, más bien que de